

de algo nuevo. Esta es la época de la más grande diseminación, en la que el universo se articula como multiverso --los hombres se distinguen como individuos, los pueblos buscan sus señas de identidad histórica, cada región genera productos naturales de origen que los singularicen en el mercado mundial...--; pero es también la de mayor integración, puesto que «el control ejercido por la red industrial y de comunicación es ya planetario» (pág. 304) y, por otra parte, nunca el hombre y la naturaleza se han encontrjado combinados tan íntima y dinámicamente como en la actualidad. El autor identifica como el nuevo grupo portador de invención, que determinará la evolución futura de la Técnica de la Naturaleza, un grupo de hombres que es técnico en electrónica y a la vez científico.

9. Resumiendo hemos de decir, a modo de conclusión, que el mérito de esta obra se halla en la propuesta y coherente desarrollo de nuevas categorías interpretativo-explicativas de la historia humana, superadores de las tradicionales oposiciones progreso-regreso, naturaleza-cultura, naturaleza-historia, infraestructura-supraestructura... en favor de las categorías de naturaleza y técnica, entendidas no como dos categorías excluyentes sino como dos categorías complementarias e interdefinientes. La «técnica de la naturaleza» se convierte así en configuradora del devenir de la humanidad en el seno de la naturaleza, la cual cobra sentido y realidad por virtud de su interconexión dialéctica con la técnica que traza sus contornos, esto es, su significación para el hombre.

Julián CARVAJAL CORDÓN

CRUZ RODRÍGUEZ, Manuel: *Narratividad: La Nueva Síntesis*. Ediciones Península, Barcelona, 1986, 187 págs.

Insistía Dilthey en la imposibilidad de comparar la vivencia del mundo humano con la experiencia sensible de la naturaleza. A la vez que nos trae esto a la memoria, la obra de Cruz elige un punto de partida muy orteguiano, al constatar la perplejidad, ella misma desconcertante, de las ciencias sociales ante lo humano. Al discurso científico-natural se le sigue hurtando la historia de los hombres; en buena medida, por tanto, como obra humana que es, no se ha sabido encontrar todavía a sí mismo. Y no podía ser de otro modo: todo un abismo separa el mero registro de la narración, del relato histórico en que narrador y protagonista coinciden. Sin duda que la reconsideración del *Verstehen* que aquí se nos ofrece parece oponerse frontalmente a una de las dimensiones más notables del último Heidegger. No sólo no habría ningún secreto vínculo entre tecnociencia y humanismo, sino que, además, la eficacia de aquélla exigiría la imposible expulsión de la subjetividad. Por lo demás, Cruz persevera en el ensayo de salvar el escollo de un excesivo idealismo de la comprensión definida como «el modo en que el espíritu se relaciona con los actos libres» a través de continuos rodeos por lo más granado de la tradición marxista.

Aparte de causas existen fines: la propuesta se resumiría en la doble evitación del «comprendisismo» y del cientifismo radicales, en la afirmación de la necesidad de complementar un procedimiento con otro, las matemáticas con la novela.

Naturalmente, el sentido, cuya condición de posibilidad es para Cruz la aceptación de la existencia del azar, el respeto del acontecimiento, remite siempre al sujeto. Y el gran pecado de la techno-ciencia no es sino haber eliminado a éste del panorama intelectual, de ahí la característica falta de conciencia del cientifismo occidental. De ahí también la necesidad de una síntesis nueva que nos restituya una experiencia no mutilada.

Pero el humanismo herido de Manuel Cruz es un humanismo militante. El sujeto no es el individuo, sino el resultado que sobre éste determina el trabajo de reconocimiento. Y adquirir identidad no es nada fácil, desde luego, equivale a introducir un ingrediente casi milagroso de indeterminación en el tejido de lo que simplemente hay. Porque sólo el sujeto es capaz de proponerse fines, sólo a su través ingresan en el mundo la libertad y el sentido. A fin de cuentas, la misma explicación científica puede ser contemplada como el resultado de una determinada opción narrativa, una dimensión hermenéutica entre infinitas posibles. (Desde la narración se puede ir a la matemática, pero no desde ésta a aquélla).

«La tensión hacia la posibilidad es el nervio del sujeto», leemos en la página 89. Algo que olvidan los individuos absolutamente contentos de sí mismos, si los hay, esos que han dejado de habitar el inestable reino de lo posible. La insatisfacción constituye el necesario acicate del inacabable proceso de autoconstitución.

Seguindo por este camino llegamos a las páginas más interesantes del libro, sin duda aquéllas que analizan el proceso por el cual la escritura da a luz al sujeto. Es el trabajo del escritor el que con más efectividad consigue inscribir al mero individuo en el universal, es decir, transformarlo en sujeto. Los que nunca se han atrevido a iniciarse en el relato de uno mismo, o con uno mismo como el autor puntualiza, ignoran que «hay una dimensión fundamental de la identidad que sólo se alcanza merced al hecho de escribir». Y ello porque la subjetividad no sólo hay que conquistarla: es menester, además, conservarla, siendo la escritura la única que nos garantiza que no seremos aniquilados por el poder tremendo de la vivencia.

No tenemos por qué pensar acomodándonos al ritmo que los tiempos imponen, tal vez hasta en ocasiones barruntamos que lo justo sería lo contrario, pero no deja de asombrarnos el hecho de que, cuando la crisis del sujeto y de las nostálgicas propuestas de recuperación del sujeto se ha hecho más aguda que nunca, el discurso de Manuel Cruz intente resucitar lo que ya parecía medio descompuesto. A la «cura de adelgazamiento del sujeto» que Vattimo exigiera, responde nuestro autor con un metódico tratamiento reconstituyente. Aunque sin duda el centro de la cuestión está en determinar hasta qué punto el sujeto que aquí se nos presenta en pleno vigor se corresponde con la marchita noción tradicional. Porque lo que sí parece seguro es que en ésta hay algo que no marcha bien desde hace tiempo.

Por último, no podemos dejar de subrayar el notable compromiso estilístico que el autor ha logrado, el casi perfecto equilibrio de referencia erudita e ingrediente personal y literario. Esta es, a no dudarlo, una aportación nada desdeñable de esta obra.